

XIV

LOS PRIMEROS PASOS DE LA IGLESIA EN AMÉRICA

El espacio geográfico de la Iglesia había sido, en la antigüedad, la cuenca del Mediterráneo. Los países mediterráneos, encuadrados políticamente en el Imperio romano ya antes de la era cristiana, constituían la más avanzada y probablemente también la más densamente poblada de las tres grandes culturas entonces existentes. Con las dos restantes, la India y China, el mundo clásico apenas tenía contacto, aunque de un lado y otro se hubieran establecido algunas líneas de comunicación.

En el siglo VII surgió una nueva cultura, la islámica, que como un pólipo se extendió desde Arabia en todas direcciones y en forma totalmente irregular, aunque obedeciendo a internas leyes geográficas. El mundo indio, que ocupaba una posición central entre los de la antigüedad, fue, si no absorbido por el Islam, sí al menos conquistado en gran parte, mientras que en Occidente la cultura cristiana fue expulsada de la costa meridional del Mediterráneo y de toda la cuenca oriental. De este modo, la cultura occidental, y con ella la Iglesia, se vio reducida a la península europea propiamente dicha, y su misión en la Edad Media consistió en ocuparla totalmente hasta su extremo norte y muy hacia el este, en tierras donde jamás había llegado el Imperio romano.

Desde antiguo, la historia de la humanidad se ha centrado, en sus grandes rasgos, en la posesión del Asia. Hablando con mayor precisión — puesto que el Asia consta de dos partes, los países monzónicos del sur y el sudeste, populosos y civilizados, y los casi despoblados desiertos, estepas y bosques del centro y del norte—, lo que se ha discutido siempre ha sido la posesión del Asia monzónica. Europa ha aspirado a conquistar el Asia, cuando menos, desde los tiempos de Alejandro Magno. También el Islam dirigió su expansión principal en esta dirección. Las cruzadas habían sido un ataque frontal de Europa contra Asia, y se habían estrellado

contra el baluarte islámico del Asia Menor. Su consecuencia fue que la vía natural que conduce de Europa al Asia monzónica, la que pasa por el mar Rojo, quedó más herméticamente cerrada que nunca. Quedaba sólo el camino del Asia Central, que el Islam no había conseguido obstruir todavía. En los últimos tiempos de la Edad Media, Europa siguió este camino. Mercaderes y misioneros se adentraron por él y llegaron hasta el Lejano

Oriente. En el siglo XIV hubo durante un tiempo un obispado católico en Pekín. Finalmente, este tenue hilo se rompió también, después que a fines del siglo XIV y principios del XV los mongoles hubieron transformado todo el ámbito central del Asia, y sobre todo después que los turcos en 1475 aniquilaron las últimas colonias genovesas en el mar Negro. Europa había quedado totalmente aislada del Asia monzónica por la interposición de la muralla islámica.

Pero los países cristianos no cesaron en su empeño de penetrar en Asia. En 1415 empezaron los tanteos de los portugueses a lo largo de la costa occidental africana, y en 1486 alcanzaron el extremo meridional del continente negro. Habían contorneado el bloque islámico, abriendo la vía marítima conducente al Asia del monzón.

Los españoles creyeron por su parte poder alcanzar más directamente el mismo objetivo navegando en línea recta desde Europa hacia el oeste, para atacar así el Asia «por la espalda», ahorrándose la larga y penosa circunnavegación del África. La esfericidad de la tierra era ya conocida de los antiguos geógrafos, sólo que se le atribuían dimensiones mucho menores que las reales. Esta fue la suerte de Colón. El geógrafo veneciano Toscanelli había calculado en 104 grados ecuatoriales la distancia desde Lisboa a Cipango, como entonces se llamaba a la más oriental de las islas asiáticas (el Japón). La cifra real es más del doble. Colón jamás se hubiera aventurado al viaje, si no se hubiera fiado de los cálculos de Toscanelli. Nadie sospechaba que a una relativa proximidad de Europa un gigantesco continente se extendía de polo a polo, tras del cual empezaba el mayor de todos los océanos. Así fue como Colón, que no iba en busca de nuevas tierras, sino que sólo pretendía abrir una nueva ruta marítima, hizo el más trascendental de todos los descubrimientos geográficos, destinado a imprimir un giro decisivo a la historia de la humanidad.

La historia universal no conoce nada más grandioso que los viajes de estos navegantes —portugueses, españoles e italianos— que se lanzaban a ciegas por el mar desconocido, sin conocimientos geográficos y con los más rudimentarios medios; ellos mismos no tenían idea de lo temerario de sus empresas.

El primer objetivo de los viajes de exploración era obtener riquezas con las que aumentar el poderío político de los países que los emprendían; pero ya desde el principio apareció otro objetivo: la predicación del cristianismo. No podían pensar de otro modo los españoles y los portugueses. Lucha contra los infieles, conquista y extensión del cristianismo era para ellos una misma cosa. Una consecuencia inevitable de esta amalgama de evangelización y conquista fue que no todo se hiciera según el espíritu del Evangelio, como ya había ocurrido en la Edad Media cuando se cristianizó el centro y norte de Europa. Pero el resultado final fue abrir a la Iglesia inmensos territorios que encerraban las mayores posibi-

lidades para el futuro. El gran mérito de españoles y portugueses consiste en haber dado el primer paso para universalizar la cultura europea y para convertir la Iglesia europea en una Iglesia mundial. En este sentido, es doblemente de lamentar que en el preciso momento en que la Iglesia se disponía a romper las barreras geográficas que hasta entonces la habían contenido, para extenderse por la superficie entera del globo, tantos y tan importantes países se hubieran separado de ella en Europa.

LA CONQUISTA POLÍTICA DE AMÉRICA

Cuatro grandes potencias europeas han intervenido, en el curso del tiempo, en la conquista de América, estampando su sello en este continente: España, Portugal, Francia e Inglaterra.

Además de éstas, durante un tiempo intentaron también tomar parte en la empresa, Suecia, Dinamarca y Holanda. Suecia y Dinamarca nunca consiguieron posesiones de importancia en el suelo americano y pronto desaparecieron de la escena. Holanda a mediados del siglo XVII estuvo a punto de fundar un imperio colonial, pero sus posesiones estaban demasiado dispersas y distantes entre sí. A la larga no pudieron conservar ni Nueva Amsterdam, la actual Nueva York, ni Pernambuco, que habían arrebatado a los portugueses, y al final sólo les quedó un pequeño resto en las Antillas y en la Guayana.

Portugal pudo disfrutar sin inquietudes de la posesión del Brasil, aparte del breve dominio holandés en Pernambuco (1630-1654). Los portugueses no intentaron extender sus posesiones americanas; por otra parte estaban libres de disputas fronterizas, ya que entre sus dominios y las colonias españolas, que eran su único vecino, se interponía una ancha tierra de nadie. Sólo en el sur, en la región del Plata, chocaron los dos imperios coloniales en el siglo XVIII, lo que obligó a fijar las fronteras por medio de tratados.

Así, pues, la lucha por la posesión del continente americano se desarrolló sólo entre España, Francia e Inglaterra. Durante largo tiempo pudo parecer dudoso cuál de los tres países se quedaría con la soberanía definitiva; pero al final no la obtuvo ninguno de los tres.

España llevaba una gran ventaja sobre sus dos adversarios, por haber sido la primera en poner pie en el Nuevo Mundo. Desde el principio nadie le discutió sus derechos sobre Méjico y los países andinos hasta el río de la Plata. Pero luego extendió también su dominio hacia el continente septentrional, más allá del actual Méjico, hasta Texas y California, y ya muy pronto hasta Florida. En esta parte era de prever que con el tiempo entrara en conflicto con la potencia que adquiriera la hegemonía en Norteamérica, fuera ésta Francia o Inglaterra.

Hasta un siglo después que los españoles, no empezaron *Inglaterra* y *Francia* a establecer posesiones en el Nuevo Mundo. En su origen se trataba sólo de empresas comerciales, iniciadas casi simultáneamente en tres distintos puntos: en Quebec por los franceses, y en Boston y Virginia-Maryland por los ingleses. No faltaron los rozamientos, ya desde el principio, sobre todo en la desembocadura del San Lorenzo, donde los dominios francés e inglés entraban en contacto.

Los conflictos se agravaron al intentar los ingleses poner pie en el territorio extendido al norte de las posesiones rivales, en dirección a la bahía de Hudson. La compañía inglesa de la bahía de Hudson había sido fundada por el príncipe Roberto del Palatinado, el aventurero hijo de Federico V del Palatinado. La tensión se hizo insostenible cuando los franceses avanzaron profundamente hacia el interior, en la región de los Grandes Lagos, alcanzaron en 1673 el Misisipí y, descendiendo por él hasta el Golfo de Méjico, fundaron en su desembocadura la ciudad de Nueva Orleáns. Esto significaba envolver por la espalda a las colonias inglesas, y en el efecto, partiendo del curso medio del Misisipí y remontando el Ohio, los franceses empezaron a avanzar hacia el este. Allí, en curso superior del Ohio, se desarrolló la lucha decisiva, sin que ninguno de los dos contendientes sospechara que bajo el suelo que pisaban se ocultaban los inagotables yacimientos carboníferos sobre los que un día habría de montarse la industria pesada norteamericana.

La gran guerra colonial franco-británica duró de 1754 hasta 1760, año en que el ejército francés capituló en Montreal. En la paz de París de 1763 Francia cedió a Inglaterra todo el Canadá y el territorio al este del Misisipí. El resto de las colonias francesas, todas las tierras situadas a occidente del Misisipí, una extensión inmensa, pero apenas poblada y casi inexplorada, había perdido todo interés para Francia y fueron cedidas voluntariamente a los españoles que tomaron posesión de ellas en 1769.

En el continente americano no quedaban, pues, más que dos potencias, Inglaterra y España, de las cuales ésta poseía la parte más extensa y aquella la más valiosa. Pero antes de que pudiera estallar un conflicto entre ellas, las colonias se hicieron independientes, primero las inglesas y luego las españolas, y América dejó de ser un territorio europeo.

LA COLONIZACIÓN DE AMÉRICA

La población indígena.

Es prácticamente imposible hacer, con visos de verosimilitud, una estimación de la población indígena americana en el tiempo del descubrimiento. A falta de cifras sobre el número de los llamados «indios»

(pueblos probablemente inmigrados del Asia), estamos reducidos a las impresiones de los descubridores y conquistadores. Pero sus cálculos son muy poco de fiar, pues a la tradicional incapacidad de los antiguos de hacer evaluaciones demográficas vienen a añadirse aquí otras fuentes de error: los conquistadores españoles estaban impresionados por la gran superioridad numérica del enemigo con que se enfrentaban; así cuando Cortés, con apenas tres mil hombres, emprendió la conquista de todo el imperio azteca. El afán de gloria hizo exagerar hasta cifras desorbitadas la importancia de las multitudes vencidas, del mismo modo que los misioneros se dejaban llevar por su entusiasmo al relatar las conversiones en masa. Según uno de estos relatos, de 1526 a 1540 los franciscanos bautizaron, sólo en Méjico, a más de nueve millones de personas, o sea casi el mismo número de habitantes que entonces tenía España. Igualmente exageradas son las espeluznantes noticias dadas por Las Casas, como la de que en Haití desde 1514 la población descendió de tres millones a catorce mil almas, por efecto de la crueldad de los conquistadores. Hemos de convenir, pues, que las evaluaciones globales sobre la población de la América latina pecan verosímilmente por exceso. Los historiadores tienden a cometer el mismo error ante la impresión en ellos producida por las culturas de los aztecas, mayas e incas. El historiador de hoy se inclina demasiado a medir las cosas con patrones modernos, y no le cabe en la cabeza que un estado civilizado pueda subsistir sin una población de algunos millones. Con respecto a Norteamérica, en las estimaciones de los historiadores puede influir un factor inverso: el afán de quitar importancia a la aniquilación de los indígenas por los colonizadores blancos, lo cual les inclina a disminuir las cifras.

Lo más que podemos decir, por tanto, y sin pretender ser precisos, es lo siguiente: En Méjico y Perú, únicas regiones ocupadas por una población indígena de una cierta densidad, debieron de vivir unos pocos millones de personas. Norteamérica, sin Méjico, debía de contar con menos de un millón de habitantes, y no mucho más Sudamérica, dejando aparte el Perú. Por consiguiente, en el momento de su descubrimiento, podemos decir que el Nuevo Mundo estaba casi despoblado. No es, pues, justificado hablar, como a menudo se hace, de los indios como si fueran los señores legítimos de aquellas tierras. Esto puede ser verdad, a lo sumo, para Méjico y Perú, mas no para el resto del país. Un puñado de hombres no está en situación de ocupar millones de kilómetros cuadrados de tierras, ni de sacar provecho de ellas. Esto no excluye que los indios pudieran ser, en algunas partes, lo bastante numerosos para crear graves dificultades a los nuevos colonizadores, como los iroqueses en el Canadá y los guaraníes junto al Paraná. Además, la escasa densidad de la población india en modo alguno puede servir para disculpar las numerosas injusticias y crueldades de que casi en todas partes se les hizo víctimas en tiempos de la colonización.

La colonización europea.

El primer censo efectuado en Nueva Francia, o sea el actual Canadá, arrojó, en 1660, tres mil cuatrocientos dieciocho colonos. El número creció desde entonces, y cien años más tarde, cuando Canadá fue cedido a Inglaterra (1763), había llegado a setenta mil. Pero téngase en cuenta que esta cifra incluye también a los colonos establecidos en Luisiana, nombre que entonces se daba a toda la cuenca del Misisipí. De todos modos, en esta región entonces tan apartada se habían establecido muchos menos inmigrantes que en el Canadá, aunque todavía hoy una extensa serie de topónimos a lo largo del Misisipí —Prairie du Chien, Dubuque, Saint Louis, Florissant, Cape Girardeau, Nueva Orleáns— perpetúan el recuerdo de la colonización francesa. Después de 1763 cesó la inmigración francesa, y con ella la llegada de nuevos católicos. En su lugar se produjo un desplazamiento de granjeros desde las colonias inglesas hacia el Canadá, cuya población en 1784 fue estimada en ciento treinta mil almas.

Los primeros colonizadores ingleses se establecieron en Terra Nova en 1583. En 1765 la isla contaba quince mil moradores. En el continente, la primera inmigración se hizo en 1607 en Virginia, después del fracaso de dos intentos anteriores, realizados en 1585 y 1587. En aquella fecha se fundó Jamestown. Algo más tarde, en 1620, llegó a Nueva Inglaterra la famosa expedición del «Mayflower». Allí se fundó en 1630 Boston, que se convirtió en el puerto principal de la Norteamérica inglesa, y siguió siéndolo durante todo el período colonial, hasta que, a principios del siglo XIX fue superado por el de Filadelfia.

A partir de estos dos centros, Boston en el norte y Virginia en el sur, fueron ensanchándose las colonias inglesas, al principio separadas todavía por Nueva Holanda (Nueva York). Hacia 1640 Nueva Inglaterra tenía dieciocho mil colonizadores, en 1688 este número había subido a cincuenta y seis mil. Más rápido fue el crecimiento de las colonias del sur. En el año 1688 Virginia tenía cincuenta mil colonos, Maryland veinticinco mil, y las regiones del centro, que entretanto se habían hecho también inglesas, Nueva York y Connecticut, tenían juntas unas cuarenta mil almas. A fines del siglo XVII la población de todas las colonias inglesas había ya superado los doscientos mil.

En el siglo XVIII la inmigración desde Inglaterra fue muy escasa, y para las tierras del Norte se detuvo casi por completo. Pero la población aumentó rápidamente por crecimiento natural. Ya a mediados del siglo XVIII se había rebasado el millón, y cuando la declaración de independencia los Estados Unidos contaban con unos dos millones doscientos mil habitantes.

Completamente distinto es el cuadro que presenta la colonización de las regiones españolas. Los españoles no fueron, por lo regular, a América como colonizadores agrícolas, sino como funcionarios, soldados, comerciantes, y las más de las veces iban sin mujeres. Los países principales que ocuparon, Méjico y Perú, no estaban despoblados, sino que contaban con una población afincada al suelo y que gozaba de una cultura relativamente elevada. Era, pues, inevitable que desde un principio se produjera una fuerte mezcla de razas.

La inmigración desde la tierra madre española no fue nunca muy intensa. España no estaba superpoblada. A fines del siglo XVI no es probable que contara con más de diez millones de habitantes. La afirmación tantas veces oída de que España quedó agotada por efecto de una emigración continuada, no puede ser cierta, al menos en estos términos tan generales. Es verdad que la población de Castilla disminuyó en el siglo XVII, pero en cambio aumentó la de Aragón y Cataluña. Para el año 1723 se da para España la cifra de siete millones seiscientos mil habitantes (probablemente demasiado baja). El primer censo fidedigno, efectuado en 1787, alcanzó diez millones doscientos sesenta y ocho mil ciento cincuenta habitantes.

También Inglaterra tenía sólo, a fines del siglo XVII, cinco millones de habitantes, y si contamos Escocia e Irlanda, unos siete millones, o sea algo menos que España. Pero mientras el distrito colonizado por los ingleses en América abarcaba apenas quinientos mil kilómetros cuadrados, los dominios españoles ya en el siglo XVI medían cinco millones de kilómetros cuadrados, o sea diez veces más. Es curioso que Francia, que a fines del siglo XVIII era, con sus diecinueve millones, el más populoso de los estados europeos, enviara a América un número relativamente tan pequeño de colonizadores.

La población española en América se calculaba en 1574 en ciento cincuenta y dos mil. Cifras totales que incluyan en la medida de lo posible a los mestizos y a los indios, no aparecen hasta fines del siglo XVIII. El primer censo llevado a cabo en el virreinato de Nueva España-Méjico en 1793 arrojó cuatro millones cuatrocientos ochenta y tres mil quinientos sesenta y nueve habitantes, y el censo de 1794 en el virreinato del Perú, un millón setenta y seis mil novecientos noventa y siete. En el virreinato del Nueva Granada (Colombia y Venezuela) el censo realizado por este tiempo dio unos dos millones de habitantes. De la región del Plata no tenemos datos numéricos, pero éstos deberían ser inferiores al millón, ya que en tiempos de la independencia la Argentina tenía poco más de setecientos mil habitantes, y Uruguay sólo setenta mil. Si a estas cifras sumamos las correspondientes a las Antillas españolas, relativamente populosas, y a las regiones muy poco densamente pobladas de Florida, Texas y California, obtendremos para el conjunto de los dominios españoles a fines del siglo

XVIII una población total de bastante más de diez millones, mientras que a la Norteamérica inglesa le faltaba aún mucho para alcanzar los tres millones de habitantes.

El tipo de colonización empleado en la América española era también muy distinto del practicado en el norte anglofrancés. Los españoles se establecían en ciudades, y formaban la capa superior culta. La agricultura estaba en manos de los indios. Mientras en el Norte hasta mediados del siglo XVIII apenas surgieron ciudades dignas de mención fuera de Boston y Quebec, en la América española ya en el siglo XVI florecían un gran número de centros urbanos que eran emporios del comercio, de la industria y de la cultura.

Las ciudades.

Ciudades las había ya antes de la llegada de los españoles. Méjico, la capital de los aztecas fundada en el siglo XIV, en tiempos de su conquista por Cortés pasa por haber poseído cosa de medio millón de habitantes. Aunque esta cifra sea con toda seguridad, exagerada, de todos modos, aun como capital de Nueva España, Méjico siguió siendo uno de los más importantes centros urbanos, de América. Ya en 1553 se abrió allí una universidad, y en 1573 se colocó la primera piedra de su famosa catedral.

De las antiguas ciudades de los incas, Quito, conquistada por Pizarro en 1533, se convirtió en un centro importante, mientras que, Cuzco, la antigua capital cuyos orígenes se remontan al siglo XI, tuvo escasa importancia, aunque también allí se estableció una universidad en 1692.

Las nuevas fundaciones de ciudades llevadas a cabo por los españoles permiten observar en qué dirección se efectuaba la colonización. La Habana fue fundada en 1511, Panamá en 1519. Siguiéron las ciudades costeras del Caribe: en 1521 Cumaná en Venezuela, en 1525 Santa Marta, en 1533 Cartagena; no tardaron en seguirles las ciudades situadas en el interior de la actual Colombia: Popayán y Bogotá en 1538, Antioquía en 1541, Medellín en 1674.

En la costa del Pacífico, Benalcázar fundó en 1531 el puerto de Guayaquil, Pizarro en 1535 la Ciudad de los Reyes, o sea Lima, que durante largo tiempo fue la capital de toda la Sudamérica española. La universidad de Lima fue inaugurada en 1551, antes aún que la de Méjico, con lo que es la más antigua de toda América. A partir del Perú fueron luego fundadas diversas ciudades en lo que hoy forma la parte occidental de la Argentina: Santiago del Estero en 1553, Tucumán en 1565, Córdoba en 1573, Salta en 1582; pues la Argentina no fue colonizada a partir de la desembocadura del Plata, sino desde el Oeste. Verdad es que Buenos Aires nació ya en 1580, pero durante largo tiempo careció de toda importancia. Todavía en 1664 contaba sólo cuatro mil habitantes, y diez mil en 1744.

Esto dependía de que todo el comercio tenía que pasar por el mar Caribe, incluso el de la Argentina, que seguía la ruta Portobello—Panamá—Iago Titicaca—Tucumán. Hasta 1748 no se abrió la ruta por el Cabo de Hornos y hasta 1778 no fue abierto al comercio el puerto de Buenos Aires. Santiago de Chile fue fundado en 1541 partiendo del Perú.

En los actuales Estados Unidos los españoles fundaron en 1565 San Agustín en Florida y en 1609 Santa Fe en la actual Nueva Méjico, que son las dos ciudades más antiguas de la Unión norteamericana. Tucson en Arizona fue establecida en 1632 por misioneros jesuitas.

Muchas de estas fundaciones españolas de los siglos XVI y XVII son hoy grandes ciudades. Pero no debemos pensar que en la época colonial fueran muy populosas. Durante largo tiempo, la mayor ciudad del Nuevo mundo debió ser Potosí, en Bolivia, cuyas minas de plata, explotadas ya en tiempos precolombinos, en los siglos XVI y XVII suministraban más de la mitad de la entera producción mundial. Durante el apogeo de sus minas Potosí debió de contar ciento cincuenta mil habitantes, o doscientos mil según otros autores; hoy tiene treinta y cinco mil. La Paz, en Bolivia, fundada en 1548, tenía doce mil habitantes en 1675 y veintiún mil en 1769 (hoy, ciento cincuenta y dos mil). La propia Lima a comienzos del siglo XVIII no debió de contar más de treinta mil habitantes; hoy, con los suburbios, pasa de ochocientos mil.

Conviene advertir que, en la propia Europa, el gran crecimiento de la población urbana no se produjo hasta el siglo XIX. Antes de la revolución la población de París se calcula entre seiscientos cuarenta mil y seiscientos setenta mil almas: hacia 1600 no pasaba de doscientas mil. Todas las demás capitales europeas eran mucho menores (Viena ciento setenta y cinco mil en 1754; Berlín de trece mil a quince mil en 1625, ciento cuatro mil quinientas veinticinco en 1769; Copenhague veinte mil en 1635, noventa mil en 1787); lo mismo ocurría con los grandes centros comerciales (Amsterdam, ciento cinco mil en 1622; Rotterdam treinta y cinco mil en 1795; Lyon ciento treinta y cinco mil en 1787; Marsella ochenta y nueve mil en 1787; Zurich diez mil en 1671; Ginebra dieciséis mil en 1693). Hasta Venecia no debió de pasar de los ciento cincuenta mil habitantes en la época de su apogeo.

Por consiguiente, tan falso sería imaginar el período colonial español como una época de prosperidad jamás alcanzada después, como pensar, a la inversa, que cuando obtuvieron su independencia las nuevas repúblicas tuvieron que crearlo todo de la nada. El desarrollo demográfico de las ciudades hispanoamericanas, visto en conjunto, parece haber procedido de un modo más regular y continuo de lo que permiten suponer algunas historias modernas.

La población del Brasil se calcula en dos millones ochocientos cincuenta mil en 1798. Portugal, que en 1732 tenía dos millones de

habitantes, pudo enviar a ultramar muchos menos emigrantes que España, aparte de que, en aquella época, su expansión principal se dirigía hacia África y Asia. Hay que suponer, por tanto, que en la cifra relativamente alta de la población brasileña una gran parte corresponde a los indígenas.

Huelga decir que no es muy grande la seguridad de las cifras aducidas. En su tiempo Humboldt calculó la población total de Hispanoamérica, con inclusión de las Antillas, en más de 18 millones, cifra que aún hoy se cita a veces, aunque la población real debió de ser más bien de doce a quince millones. En tales circunstancias se comprende que una distinción por razas es por completo imposible. Aún hoy las estadísticas oficiales suelen establecerse según criterios que poco tienen que ver con la biología. La distinción tiene además poca importancia, y menos aún para la historia eclesiástica. Hoy se cuentan en toda América unos veinticinco millones de negros, de los cuales más de diez millones están en Estados Unidos, ocho millones en la Sudamérica tropical y cinco millones en las Antillas. A fines del siglo XVIII Humboldt calculó la población negra de las colonias españolas, sin contar las Antillas, en setecientos setenta y seis mil, y la de las Antillas en seiscientos mil. En estos números están incluidos los mulatos, a pesar de lo difícil que es fijar una línea divisoria. El aumento de los negros es debido más a su proliferación natural que a su importación desde el África, y no adquirió proporciones considerables hasta el siglo XIX. Sobre la importación de esclavos en la época colonial, la gente se abstuvo prudentemente de hacer estadísticas. Por otra parte, los informes relativos a esta cuestión suelen ser tendenciosos y, por tanto, inutilizables.

LA IGLESIA EN LA AMÉRICA ESPAÑOLA

Comienzos.

En su primer viaje de 1492 Colón llevaba en su carabela como capellán a Pedro de Arenas, el cual fue, por consiguiente, el primer sacerdote que pisó tierra americana. Hoy, en cambio, se considera comúnmente que el primer misionero que llegó al Nuevo Mundo fue el catalán Bernardo Boil, mínimo y discípulo de san Francisco de Paula, el cual tomó parte en el segundo viaje. Muy pronto aumentó el número de los misioneros.

El cardenal Cisneros ordenó en 1516 que todo navío español llevara un sacerdote; en 1526 Carlos V dispuso que todas las flotas españolas llevaran a América clérigos regulares en calidad de misioneros. Así el aflujo de clérigos a América fue considerable desde un principio; en primera línea figuraban franciscanos, dominicos, agustinos y mercedarios.

En Haití los franciscanos habían fundado ya en 1509 tres conventos con quince frailes. En 1510 desembarcaron en la isla dominicos. En 1511 llegaron a Puerto Rico veinticuatro franciscanos.

Ya en 1504 fue decidida la organización de una jerarquía para las Antillas, antes aún de que los españoles sentaran pie en el continente. Los primeros obispados efectivamente establecidos no aparecen, empero, hasta 1511: Santo Domingo y Concepción de la Vega en Haití, San Juan en Puerto Rico, y poco después Baracoa y Santiago en Cuba.

Méjico.

Aun antes de la conquista por Cortés, cuando eran muy pocas las noticias que se tenían del país, se había proyectado establecer un obispado en la península del Yucatán. Sin embargo, su primer obispo, Julián Garcés OP, hasta 1521 no se presentó en su diócesis, la cual en el entretanto había sido trasladada a Tlaxcala, en Méjico propiamente dicho. Esta sede episcopal, que más tarde fue trasladada a Puebla, es, por tanto, la más antigua del continente americano. Pero el auténtico fundador de la iglesia mejicana es el franciscano Juan de Zumárraga, hombre notable que fue nombrado en 1527 primer obispo de la ciudad de Méjico y murió en 1548. Organizó curatos, escuelas, instituciones benéficas e incluso una imprenta de la que salió en 1535 el primer libro impreso en América: la *Scala Spiritualis* del padre de la Iglesia griego san Juan Clímaco, entonces muy leído en los claustros; en 1546 se imprimió también el primer catecismo en lengua india. Muy importantes fueron las conferencias convocadas por Zumárraga para discutir problemas misionales y sociales, a las que asistían prelados y superiores de todo Méjico.

En vida aún de Juan de Zumárraga se establecieron tres nuevos obispados: en 1535 Oaxaca (hoy Antequera), en 1536 Michoacán (hoy Morelia) y en 1546 Chiapa, de la cual fue durante un tiempo obispo el célebre Bartolomé de las Casas. El obispado de Chiapa fue suprimido más tarde, como también el de Vera Paz, fundado en 1561. Se crearon en cambio, en el mismo siglo XVI, los de Guadalajara (1548) y Veracruz (1561). Todos estos obispados estaban concentrados en un territorio relativamente pequeño. Sólo más tarde se crearon tres obispados más en la poco poblada región del norte de Méjico: Nueva Vizcaya (Durango) en 1620, Linares (Monterrey) en 1777 y Sonora en 1779.

Hasta 1545 los obispados mejicanos pertenecían a la provincia eclesiástica de Sevilla. En dicho año la ciudad de Méjico fue elevada a arzobispado y conservó su condición de sede metropolitana para Nueva España hasta el siglo XIX.

Las diócesis mejicanas no carecían de brillo exterior. Todas tenían sus capítulos catedralicios con muchas dignidades y canónigos, beneficios

bien dotados, escuelas superiores y elementales, fundaciones pías, instituciones de beneficencia y un gran número de conventos. Los edificios religiosos de aquel tiempo, sobre todo los del siglo XVII, tanto conventos como catedrales, poco tienen que envidiar en magnificencia y valor artístico a los mejores de España; ellos son los que aún hoy imprimen al paisaje mejicano el sello de una arraigada y antigua cultura católica. El país de Méjico propiamente dicho, a los pocos decenios de la conquista había dejado de ser una tierra de misión. A fines del siglo XVI había cuatrocientas setenta parroquias. Las parroquias rurales, dirigidas en gran parte por clérigos regulares, cuando eran muy extensas, tenían varios curatos que eran visitados regularmente por el párroco. La población, españoles, indios y mestizos, prácticamente era toda ella católica. Campo para las misiones solamente lo había en el norte del territorio.

Un inconveniente era el que casi todos los obispos debían venir de España, aun mucho tiempo después de que Méjico poseyera un suficiente número de sacerdotes nacidos en el país. Se ha calculado que en el siglo XVII, de noventa y dos obispos, los cuatro quintos venían de Europa. Eran prelados perfectamente dignos, pero en cierto modo extraños al país, no conocían ninguna de las lenguas indígenas, aún muy vivas, y muchas veces suspiraban por regresar a la patria. A ello se añadía que, por la extraordinaria lentitud del procedimiento administrativo seguido en los nombramientos de obispos, todos los cuales tenían que pasar por el Consejo de Indias en Sevilla, las sedes quedaban a veces vacantes durante largos años. Así en el siglo XVII Oaxaca estuvo sin obispo durante veintinueve años, Guadalajara treinta y dos, Michoacán treinta y cinco, y el arzobispado de Méjico cuarenta y seis.

Otra rémora eran los interminables litigios y procesos que los obispos tenían que sostener con sus capítulos, con los conventos, con el virrey, con la audiencia real, sobre cuestiones de límites territoriales, jurisdicciones, atribuciones, incluso pormenores del ceremonial. Era como una enfermedad de los tiempos, que afectaba no sólo la América Latina, sino también España y otros países europeos. Un historiador mejicano reciente se pregunta admirado cómo podían los obispos hallar tiempo para visitar sus diócesis, absorbidos como estaban en sus constantes procesos.

La cura de almas propiamente dicha solía estar en manos de las *órdenes religiosas*. Los franciscanos a mediados del siglo XVI tenían ya trescientos miembros en Méjico, y a principios del siglo XVII poseían en este país ciento setenta y cuatro conventos. Menos numerosos eran los dominicos, aunque a comienzos del siglo XVII tenían seiscientos miembros en tres provincias. Los agustinos contaban por este tiempo unos ochocientos miembros; su convento principal en la ciudad de Méjico había sido fundado por doña Isabel Moctezuma, hija del último emperador. Los primeros jesuitas llegaron en 1572. En vida aún de san Ignacio, los francis-

canos habían escrito a Felipe II solicitando que les enviara jesuitas, pues más importa la virtud que el hábito». Los jesuitas eran en Méjico menos numerosos que las órdenes más antiguas; permanentes, unos trescientos cincuenta; pero en todas las ciudades de alguna importancia habían fundado colegios para la educación de la juventud, tres de ellos sólo en la ciudad de Méjico.

Perú.

Mientras en Méjico el territorio propiamente colonial formaba una llanura continua y densamente poblada, de menor extensión que la madre España, el virreinato del Perú se extendía sobre territorios inmensos, en los que las llanuras colonizadas formaban como islas, separadas unas de otras por amplios espacios casi vacíos. Los principales centros culturales eran cuatro: uno en la costa del Caribe, alrededor de Cartagena, y tres en las altas mesetas de los Andes: Bogotá en la actual Colombia, Quito en el actual Ecuador y la región del lago Titicaca, hoy partida entre Perú y Bolivia. Lima, situada solitaria en la costa, venía en cierto modo a constituir la capital de esta última. Venían luego dos centros más, muy hacia el sur, uno a cada lado de la cordillera andina: Santiago de Chile al oeste y Tucumán al este.

Las primeras sedes episcopales surgieron en América Central: Panamá en 1520 y Nicaragua en 1521. Siguieron las diócesis ribereñas del Caribe, Santiago de Venezuela (Caracas) en 1530, Santa Marta en 1531, Cartagena en 1534. La diócesis de Lima fue fundada en 1543, y dos años después elevada a arzobispado. El segundo arzobispado fue el de Bogotá, al que quedaron sometidas las diócesis nórdicas de la vertiente atlántica, mientras que la costa del Pacífico, desde Panamá a Chile pertenecía a Lima. La tercera sede metropolitana fue la de Charcas, instituida en 1609 en el alto Perú, hoy capital de Bolivia con el nombre de Sucre. A Charcas pertenecían las diócesis andinas de Santa Cruz de la Sierra, La Paz, Ayacucho, y además Tucumán, Buenos Aires y Asunción. Esta organización eclesiástica perduró hasta el fin de la época colonial. No fue afectada ni por la creación de dos nuevos virreinos, el de Nueva Granada (Colombia) en 1710 y el de La Plata en 1776.

Durante la era colonial, el centro eclesiástico más importante fue *Lima*. Su universidad poseía a fines del siglo XVI veinte cátedras y ciento ochenta doctores y maestros con mil doscientos estudiantes. El cabildo catedralicio constaba de cinco dignidades, veintidós canónigos y treinta capellanes. El prestigio de la sede arzobispal de Lima aumentó especialmente por obra de su segundo titular, santo Toribio Alfonso Mogrovejo (1581-1606), el san Carlos Borromeo de América. Celebró tres concilios provinciales y trece sínodos diocesanos. En el primer concilio de

1582 se elaboraron dos catecismos, uno mayor y otro menor, directrices para los confesores y un libro de sermones; todas estas obras fueron impresas en español y en dos lenguas indígenas. Tres veces recorrió santo Toribio en visita pastoral su diócesis entera, que abarcaba aproximadamente lo que hoy es república del Perú, y murió durante la cuarta. Se dice que administró un millón de confirmaciones.

En tiempos de santo Toribio la ciudad de Lima tenía cinco parroquias, diez hospitales y otras instituciones benéficas, ocho conventos femeninos y dieciséis masculinos. De éstos cada una de las órdenes de franciscanos, dominicos, agustinos y mercedarios poseía tres. Los jesuitas tenían cuatro, entre ellos una escuela superior para jóvenes indios. El geógrafo inglés W. Burck se sorprendió, a principios del siglo XVIII, de la gran cantidad de instituciones religiosas que había en Lima. Contó cincuenta y cuatro iglesias, veinte conventos masculinos y doce femeninos, y muchas fundaciones de beneficencia.

Como en Méjico, también en Sudamérica se han conservado magníficas construcciones religiosas de la era colonial, en Lima, Cuzco y sobre todo en Quito.

LA CONVERSIÓN DE LOS INDÍGENAS

Los métodos misionales empleados en la América española eran, al principio, muy primitivos. Generalmente bastaba con que los indígenas destruyeran o dejaran destruir sus ídolos para que se procediera a su bautismo en masa. Se consideraba que ello era signo suficiente de su voluntad de abrazar el cristianismo, y la educación catequística y moral se dejaba a la posterior y ordinaria labor pastoral. Hay motivos para pensar que para muchos indígenas la recepción del bautismo no era sino un signo de sumisión a los nuevos señores contra los cuales tanto sus antiguos caudillos como sus dioses se habían revelado impotentes.

En Méjico, Perú y en general en las regiones intensamente colonizadas, después de la administración del bautismo se procedía a desarrollar una acción catequística muy eficaz. Por doquier, incluso en las más insignificantes aldeas, surgían escuelas o, al menos, «doctrinas», escuelas catequísticas. Se disponía del suficiente número de sacerdotes para la cura de almas. La Inquisición velaba para que desaparecieran los últimos restos de costumbres e ideas paganas, y, a juzgar por las muchas actas aún conservadas, no puede decirse que aplicara en ello un rigor excesivo. Como, además, en estas regiones se produjo una intensa mezcla racial, por el matrimonio de cristianos viejos españoles y cristianos nuevos indígenas, bastaron unos decenios para que se formara una población totalmente cristiana y arraigada en el país.

En las regiones más alejadas de los centros de cultura, y téngase en cuenta que estos centros no constituían sino islotes relativamente poco extensos, las órdenes religiosas organizaron un gran número de expediciones misionales para operar sobre la población indígena, extraordinariamente dispersa. Los misioneros no ahorraron trabajos ni sacrificios, muchos de ellos sangrientos, y obtuvieron algunos éxitos, mas por lo general efímeros. Justamente en las regiones apartadas era donde más pernicioso resultaba el contacto con los europeos, ya que en éstos los indios sólo veían a unos aventureros peligrosos, cuyas expoliaciones no quedaban compensadas con la aportación de bienes de cultura, como en las colonias organizadas. Esto impulsó a los misioneros a ensayar, desde el siglo XVI, un nuevo método, el de las llamadas «reducciones».

Las reducciones.

Las reducciones eran poblados en los que se congregaba a los indios nómadas, y bajo la dirección de misioneros, con rigurosa exclusión de cualquier otro europeo, se intentaba educarlos en una vida cristiana y civilizada. Particularmente famosas son las llamadas reducciones de los jesuitas del Paraguay, aunque en su mayor parte estaban establecidas en territorio argentino y brasileño. Pero los jesuitas no fueron los primeros misioneros que emplearon este método. Las reducciones empezaron en 1610 en el Paraguay, con el consentimiento del gobierno español, que aprobó la exclusión de todos los demás europeos. Al principio tuvieron que sufrir mucho por los ataques de los llamados «paulistas», hordas de mestizos de la colonia brasileña de São Paulo, que se dedicaban al comercio de esclavos en gran escala. Los misioneros les llamaban «mamelucos». Al fin se decidieron a armar a sus indios y en 1641 infligieron a los paulistas una derrota decisiva. A partir de entonces las reducciones disfrutaron de tranquilidad, pero entre los europeos empezaron a circular los más fantásticos rumores acerca de este estado jesuita que les estaba vedado, el cual, por lo demás, nunca comprendió más de treinta a treinta y tres reducciones contiguas, con un número máximo de ciento cincuenta mil indios. A mediados del siglo XVIII la disolución de la Compañía de Jesús significó el fin de las reducciones jesuitas; aún hoy pueden verse sus ruinas en la selva virgen. Subsistieron, en cambio, las que los franciscanos habían organizado en otras regiones.

Misionólogos e historiadores sustentan sobre las reducciones opiniones muy divergentes. Nadie niega que en su tiempo desarrollaron una gran labor; las noticias sobre la vida moralmente limpia y auténticamente piadosa que llevaban los indios en las reducciones, están perfectamente demostradas. Mas es lícito preguntarse si las reducciones no tenían demasiado el carácter de plantas de invernadero, y sobre todo, por qué no

se cuidaron los misioneros de formar un clero indígena que con el tiempo hubiera podido substituirlos. Acaso se dirá que los misioneros eran pastores de almas, interesados sobre todo en la salvación de las almas individuales que tenían a su cuidado, y no políticos de amplios horizontes. Difícilmente podían prever que el Estado, con el que estaban en perfecta inteligencia, hubiera un día de aniquilar de un golpe toda su obra.

Mirando en su conjunto la obra pastoral realizada en la era colonial, no hay más remedio que reconocer que los resultados fueron realmente impresionantes, aunque algunos pormenores dejaran que desear. Si hoy viven en Hispanoamérica mucho más de cien millones de católicos, casi un tercio de la Iglesia entera, entre los cuales las demás confesiones no forman sino minorías apenas perceptibles, hay que atribuir todo el mérito a la labor desarrollada por la cura de almas de la era colonial.

Santos y otras personalidades destacadas.

Entre los famosos mártires de Nagasaki, los primeros que sufrieron la muerte en el Japón en 1597, y fueron canonizados en 1862, se encontraba un mejicano de nacimiento, el franciscano Felipe Las Casas. Franciscano fue también Sebastián de Aparicio, canonizado en 1768. Nacido en España, se trasladó muy joven a Méjico, trabajó largo tiempo de transportista entre la capital y Veracruz, se enriqueció y fundó un convento de clarisas en Puebla; a los setenta y dos años, viudo ya, entró en la vida de religión, vivió como limosnero en Puebla, conocido de todos por su humor y por su don de milagros, y murió casi centenario en el año 1600; es una figura análoga a la del hermano capuchino san Félix de Cantalicio en Roma.

Ejerció una gran influencia sobre la vida religiosa de Méjico la aparición de la Virgen de Guadalupe el 9 de diciembre de 1531. El vidente era un simple indio, y la devoción se extendió al principio entre los indios, hasta que se convirtió en la devoción nacional de Méjico. Aún hoy pueden verse en muchas antiguas iglesias mejicanas los altares barrocos de la Virgen de Guadalupe, profusamente adornados con dorados y esculturas.

Nueva Granada fue el escenario de la breve pero fructífera actividad misionera de san Luis Bertrán, de la orden de santo Domingo, del cual se dice que entre los años 1562 y 1569 bautizó a veinticinco mil indígenas. Otro español, san Pedro Claver, operó desde 1616 en la ciudad portuaria de Cartagena de Indias como apóstol de los blancos y en especial de los esclavos negros, que eran allí desembarcados para su distribución en el interior. Pedro Claver se ocupó de ellos con amorosa abnegación hasta su muerte en 1654. Es uno de los grandes héroes de la caridad cristiana, junto con san Vicente de Paúl, san José B. Cottolengo y Damián de Veuster.

Apenas le es inferior otro jesuita, Alonso Sandoval; algo después que Claver laboró en Cartagena y en el interior en favor de los negros.

Lima, al mismo tiempo que el arzobispo santo Toribio, tuvo además otros santos: en 1610 murió allí san Francisco Solano, franciscano, que había trabajado largo tiempo en el Perú como predicador ambulante; en 1617 santa Rosa de Lima, terciaria dominica; en 1639 san Martín de Porres, lego dominico. Santa Mariana de Paredes, murió a los veintisiete años y es venerada, junto a la «rosa de Lima», como la «Azucena de Quito». Entre las muchas santas personalidades que honran las órdenes religiosas de este tiempo, podemos citar: el beato Juan Mesías, lego dominico, † 1675 en Lima; el jesuita Diego Álvarez de la Paz, famoso como escritor ascético, muerto en Potosí, y el oratoriano Miguel de Rivera, fallecido en 1680 en Lima.

Una noble figura, aunque muy discutida, es el famoso Bartolomé de Las Casas. Nacido en Sevilla en 1474, llegó en 1502 a Haití, donde se ordenó de sacerdote en 1510. El fin de su vida era la protección de los indios contra la explotación y las violencias de los colonizadores. Siempre con este objetivo a la vista, en el curso de su accidentada vida hizo siete viajes a España. El cardenal Cisneros le concedió poderes especiales para el desempeño de su labor. En 1523 entró en la orden de santo Domingo, y en 1543 fue nombrado obispo de Chiapa, aunque residió poco tiempo en su diócesis. Con su incomparable idealismo Las Casas hubiera podido hacer grandes cosas, si no se hubiera creado tantos enemigos con sus exageraciones, exceso de celo y terquedad. Toda la salvación la esperaba de las leyes y decretos del gobierno español, que por lo demás fueron siempre y desde un principio muy favorables a los indios, siendo así que las dificultades reales estaban en su ejecución práctica, para la cual el inquieto y andariego dominico carecía de la visión adecuada. Las lamentaciones y terroríficos relatos con que inundó España, y finalmente Europa, han dado a los colonizadores españoles una mala fama en parte innecesaria, sin ser de gran provecho para los indios. Ensalzado aún hoy por muchos historiadores, sobre todo no católicos, como un apóstol de la humanidad, es en cambio objeto de graves censuras por parte de numerosos autores españoles y americanos, que le acusan de ser uno de los principales instigadores de la «leyenda negra».

Un fanático de tipo distinto fue el navarro Juan de Palafox, obispo de Puebla de Méjico de 1639 a 1654 y después de Osma en España, donde murió en 1659 en olor de santidad. Conocido también como escritor, Palafox era un organizador muy capaz y durante un tiempo desempeñó incluso el cargo de virrey, pero tenía una peculiaridad: sentía una profunda aversión contra todas las órdenes, y en especial contra los jesuitas. Los conflictos entre él y el clero regular eran cosa de nunca acabar. A mediados del siglo XVII una enemiga así por principio contra las órdenes era todavía

una rareza. Pero cuando cien años más tarde se puso de moda, la gente se acordó de Palafox y se instó con gran celo su proceso de beatificación. El proceso de Palafox desempeñó un gran papel en toda la campaña para la supresión de la Compañía de Jesús. Pero cuando ésta fue disuelta, se extinguió el interés por Palafox, y su proceso de beatificación no llegó a pasar de sus fases iniciales.

El patronato real.

La reconquista de España del poder de los musulmanes había sido considerada por la nación entera como una empresa religiosa, como una cruzada. Para los papas era asimismo evidente que, por su lucha en pro de la extensión del reino de Dios, los reyes españoles se hacían merecedores de especiales concesiones. Fernando e Isabel habían obtenido de Inocencio VIII el patronato sobre todos los beneficios eclesiásticos del reino de Granada que se proponían conquistar, y con ello el derecho de presentación para todos los titulares de cargos de la Iglesia, incluso los obispos. La conquista de Granada tuvo efecto en 1492, y en el mismo año Colón arribó a las Indias occidentales. La conquista del Nuevo Mundo apareció, pues, como una continuación de la reconquista en España. Julio II extendió en 1508 el derecho de patronato de Granada a las nuevas tierras conquistadas, cuyas dimensiones en aquel tiempo, nadie podía sospechar.

Los reyes españoles, y en especial Carlos V y Felipe II, concebían el patronato no sólo como un derecho, sino como una grave responsabilidad. Felipe II llegaba a considerarse como vicario del papa, con el cometido de velar por la propagación de la fe en los nuevos territorios. Esta idea del vicariato real recibió una fundamentación teológica a principios del siglo XVII por obra del canonista Solórzano.

En la administración del patronato se procedió con el inexorable burocratismo característico de los gobiernos españoles. Todos los cargos eclesiásticos de América, desde los arzobispos de Méjico y Lima hasta el último sacristán, eran cubiertos por el gobierno. No se admitían nuncios ni legados apostólicos, ni se permitía la menor intervención a la congregación *De Propaganda Fide*, ni siquiera en las misiones de infieles. Vanas fueron todas las protestas de la Propaganda, así como la inclusión en el índice de la obra de Solórzano.

Un decreto de 1629 imponía a los obispos el juramento de no oponerse al patronato real en ningún tiempo ni en ninguna manera. Ello suponía, entre otras cosas, que los obispos sólo podían entrar en relación con Roma a través del Consejo de Indias. Un abuso particularmente grave era el unilateral nombramiento de obispos por el gobierno, sin confirmación canónica del papa; es verdad que en este caso se llamaban

sólo «obispos designados», pero en la práctica poseían todas las atribuciones propias de su cargo.

No puede negarse, por otra parte, que la corona tomaba perfectamente en serio las obligaciones que el patronato le imponía. Fruto del patronato eran el orden e incluso esplendor de que gozaba la Iglesia. Su excesiva vinculación al aparato estatal dañó poco a la Iglesia, mientras al frente del Estado hubo un monarca tan penetrado de su responsabilidad religiosa como Felipe II. El sistema empezó a resultar peligroso en el siglo XVIII, cuando empezaron a infiltrarse en las esferas gubernamentales las ideas enciclopedistas y hostiles a la Iglesia. Entonces se advirtió la necesidad de liberar a la Iglesia de la tutela estatal, pero la liberación sólo pudo realizarse a través de las más graves crisis.

BRASIL

Colonización.

Cuando en el tratado de Tordesillas en 1494 se fijó la línea de demarcación entre los dominios españoles y los portugueses, nada se sabía aún de la existencia del Brasil, es decir, se ignoraba que en las tierras descubiertas en el lejano Occidente, que se creían ser parte del Asia, había un gran saliente continental que, por su extensión hacia el Este, había de caer dentro de la zona reservada a los portugueses. La cosa no se puso en claro hasta la expedición de Cabral en 1500. Sin embargo, por el momento Portugal se contentó con hacer constar sus derechos de soberanía sobre el territorio recién descubierto. Aunque algunas ciudades son de fundación muy antigua (Recife, Pernambuco, en 1525, Bahía, en 1549, en el Norte; Río en el centro, fundado la primera vez por los portugueses en 1556 y de nuevo por los franceses en 1565; en el sur, San Vicente en 1532 y São Paulo en 1554), una inmigración de cierto volumen no se produjo hasta mediados del siglo XVII, después de la definitiva expulsión de franceses y holandeses. Pero la tierra madre con sus dos millones escasos de habitantes, no disponía de ningún exceso de población para su obra colonizadora.

Durante la era colonial el centro de gravedad del Brasil estaba en el norte. Allí se levantaba la ciudad São Salvador da Bahia de todos os Santos, corte de los gobernadores, más tarde de los virreyes hasta 1763 y sede del arzobispo. La ciudad de Bahía tenía a principios del siglo XIX cuarenta y cinco mil habitantes (hoy trescientos mil). A fines del siglo XVI la Capitanía entera de Bahía contaba sólo dieciséis mil almas, pero ascendió hasta doscientas mil al término de la época colonial. Hacia 1800, Bahía y Pernambuco, con sus trescientos mil habitantes, eran con mucho las regiones más pobladas del Brasil. En cambio, Parà (Belem), fundada en

1616, no adquirió importancia hasta el siglo XIX, después que en 1867 se internacionalizó la navegación por el Amazonas (hoy doscientos treinta y seis mil habitantes).

Al sur, Río de Janeiro fue siempre un puerto importante. Su consideración subió cuando en 1763 se convirtió en sede del gobierno. Pero Río no fue nunca un centro de colonización auténtico, pues le falta una llanura litoral y está separado de su interior por montañas de difícil acceso, circunstancia que aún hoy resulta desfavorable. De todos modos, al fin de la época colonial, Río de Janeiro con sus cincuenta mil habitantes era con mucho la mayor ciudad del Brasil, anuncio de la gran urbe de nuestros tiempos.

El centro colonizador del Sur era más bien São Paulo. Esta ciudad, hoy también millonaria, a principios del siglo XIX no tenía más que quince mil habitantes. El viejo puerto de San Vicente hoy ha perdido toda su importancia y ha sido substituido por Santos. Fue en esta región donde surgió aquella población de mestizos, los paulistas o «mamelucos», como los llamaban los misioneros, cuyas salvajes *razzias* de esclavos penetraban muy adentro del país y hasta la región del Paraná. En el siglo XVII eran el terror de los indios y de los misioneros, lo que no les impidió desempeñar un destacado papel en la colonización del país, sobre todo cuando al correr de los años se extendieron por todo el Brasil. Las actuales grandes ciudades del sur, Porto Alegre (fundada en 1743) y Río Grande do Sul (1747) no surgieron hasta el final de la época colonial.

Hasta el siglo XIX el Brasil no fue propiamente más que una larga línea costera, ni siquiera continuada, por así decir una línea de islotes de población, y aun no muy grandes. En el interior no existía ninguna frontera política; hasta 1750 no se fijó, en el tratado de Madrid, una frontera occidental, por lo menos sobre el mapa.

La Iglesia en el Brasil

La colonia brasileña pertenecía al comienzo a la diócesis de Funchal. En 1551 se creó el primer obispado en el país, Bahía, que fue separado de Funchal y puesto bajo la dependencia del arzobispado de Lisboa. Durante más de cien años Bahía siguió siendo la única sede episcopal de la colonia. En 1676 fue elevada a arzobispado, al tiempo que se creaban sufragáneas en el norte, Olinda (Pernambuco) y en el sur, Río. Cien años más tarde se establecieron en la extensa región de Río, que abarcaba todo el centro y el sur, las nuevas diócesis de Mariana y São Paulo, y en el interior las dos prelaturas de Matto Grosso y Goyaz. Las dos diócesis más septentrionales, São Luis do Maranhão (fundada en 1677) y Belem-Pará (1719) fueron establecidas como sufragáneas de Lisboa, y hasta 1827 no fueron unidas a la provincia eclesiástica de Bahía, la única entonces existente.

La cura de almas y sobre todo la tutela de los indios en el Brasil, como en la América española, corrió sobre todo a cargo del clero regular. Los franciscanos llegaron ya en 1503 (Porto Seguro, Espíritu Santo), pero no tardaron en perecer a manos de los indígenas. Más tarde hubo dos provincias de la orden franciscana: Bahía y Río. Al fin de la época colonial, cuando el número de religiosos menguaba en todas partes, contaban todavía ciento sesenta miembros. Los carmelitas calzados, con doscientos miembros en tres provincias (Bahía, Río, Pernambuco) eran entonces la orden más numerosa. Los capuchinos, sobre todo italianos, que habían desarrollado una gran actividad desde principios del siglo XVII, a fines del siglo XVIII estaban reducidos a treinta frailes. Los benedictinos tenían cinco abadías: Bahía, Pernambuco, Río, São Paulo, Parahyba.

Los jesuitas llegaron al país en 1549. El superior de las misiones, Manuel Nóbrega, se ocupó sobre todo de la erección de un obispado (Bahía). La provincia brasileña de la orden fue organizada en 1553, pero a la muerte de san Ignacio en 1556 contaba sólo con veintiocho miembros. Las estaciones principales eran Bahía y San Vicente. El visitador Ignacio de Azevedo, cuando conducía al Brasil un grupo de cuarenta jóvenes jesuitas, fue capturado en 1570 por unos piratas calvinistas y asesinado con todos sus compañeros (beatificado en 1854); lo mismo ocurrió el año siguiente con un grupo de doce jesuitas. La provincia jesuita contaba en 1622 ciento ochenta religiosos. El más importante de los misioneros jesuitas fue el padre José de Anchieta, cuyo nombre es aún recordado como el de un apóstol del Brasil. Era nativo de las Islas Canarias y llegó al Brasil en 1553 a la edad de veinte años. Fue provincial y misionero, famoso por su conocimiento de lenguas y por el don de milagros; compuso catecismos, himnos, diccionarios y gramáticas. Murió en 1597 en Retirygba; en 1736 se inició su proceso de beatificación.

En conjunto el desarrollo de la Iglesia en el Brasil fue más lento que en el Imperio español, donde alcanzó ya su apogeo a fines del siglo XVI y principios del XVIII. La atención de Portugal se dirigía sobre todo a África y Asia, y el Brasil quedaba como una colonia de segundo rango. Sin embargo, quedan también en el Brasil, como recuerdo de la era colonial, muchas construcciones religiosas, sobre todo en Bahía y Olinda, aunque ninguna que pueda compararse en suntuosidad con las de Goa. Las dificultades con que tropezaba la vida eclesiástica, eran las mismas que en la América española. Había funcionarios que apoyaban sin reservas a los misioneros, como el gobernador Men de Sà (1537); pero en general las lamentaciones que se hacían llegar a la patria sobre la conducta de los europeos, como las del padre Nóbrega S.I., ceden en muy poco a las de Las Casas. También en el Brasil se acudió al sistema de las reducciones (aldeas). El primer obispo que llegó a Bahía en 1552, Pedro Fernández Sardinha, era un prelado excelente, pero los clérigos que trajo consigo lo

echaron todo a perder. El obispo cayó en 1556 en manos de los indios y fue devorado por ellos. El régimen de patronato tuvo en el Brasil los mismos efectos que en los dominios españoles: casi todos los obispos eran enviados desde Portugal. A principios del siglo XIX entre todos los prelados brasileños sólo el de Goyanz había nacido en el país.

NORTEAMÉRICA

En comparación con las colonias españolas, donde ya en el siglo XVI hallamos una población católica de varios millones provista de una organización pastoral al estilo europeo, los comienzos de la Iglesia en Norteamérica fueron de lo más modesto.

Canadá.

En el Canadá francés, que una inmigración casi totalmente católica parecía haber de convertir en un país fiel a la Iglesia de Roma, lo que faltaron no fueron sacerdotes ni misioneros, sino hombres. Hacia mediados del siglo XVII el número de colonos no llegaba a cuatro mil. Las tribus de indios eran pequeñas, por mucho que dieran que hacer a los colonos. Se calcula que los famosos hurones eran, en 1639, unos doce mil, distribuidos en treinta y dos poblados, entonces aún casi todos paganos.

Los primeros jesuitas llegaron al Canadá en 1611; poco después llegó también un gran número de franciscanos, en 1630 capuchinos, en 1640 sulpicianos. Quebec, fundado en 1608, recibió en 1658 un vicario apostólico, y fue erigido en obispado en 1674. Hasta fines del siglo XVIII fue el único obispado de Norteamérica.

En 1639 llegaron de la ciudad francesa de Tours un grupo de ursulinas dirigidas por la venerable María de la Encarnación. Esta notable mujer, una de las grandes místicas de la Edad Moderna, merece un lugar de honor entre los pioneros de la evangelización del Nuevo Mundo. No menos famosos son los misioneros jesuitas Juan de Brébeuf, Isaac Jogues, Gabriel Lalemant y otros, que entre 1646 y 1649 perdieron la vida por su fe y fueron canonizados en 1930. Se les conoce con el nombre de mártires del Canadá, aunque el escenario de su labor pertenece hoy en su mayor parte al territorio estadounidense. Sin embargo, dada la escasa densidad de la población indígena, el número de indios convertidos por estos y otros evangelizadores fue más bien escaso.

Las colonias inglesas.

El primer grupo de inmigrantes católicos desembarcó en 1634 en la recién fundada colonia de Maryland; con él iban dos padres jesuitas. El jefe de la colonia, Cecilio Calver, hijo del converso lord Baltimore, levantó capillas para católicos y protestantes y, aunque él no era católico, se portó con tolerancia. Más tarde, se dictaron leyes que prohibieron también en Maryland, la edificación de iglesias católicas. Los jesuitas tuvieron que montar capillas en sus domicilios privados. También se prohibió la impresión de libros litúrgicos. Los padres copiaron misales manuscritos, de los que aún hoy se conservan ejemplares.

Los católicos de Maryland pertenecían a la jurisdicción del vicario apostólico de Londres. Según un informe enviado por éste a la Propaganda en 1756, había en Maryland unos cuatro mil fieles practicantes, y dos mil en Pennsylvania, atendidos por dieciséis jesuitas. Unos años más tarde calcula que los católicos en ambas colonias suman más de veinte mil. En las demás colonias habría a lo sumo algunos católicos esparcidos aquí y allá. En Nueva York los sacerdotes católicos tenían prohibida la entrada a la ciudad, en la que no podían residir ni temporalmente.

Cuando el ejército francés capituló en Montreal en 1760, el gobernador del Canadá, marqués de Vandreuil, puso como condición la tolerancia religiosa en favor de los católicos franceses que hubieren de estar bajo dominio británico. El gobierno inglés aceptó esta condición en la paz de 1763, por la que todo Canadá y Luisiana hasta el Misisipí pasaba a manos de Inglaterra. De este modo las colonias inglesas recibieron un aumento de casi cien mil católicos, establecidos, además del Canadá, en los actuales estados de Ohio, Indiana, Illinois, Michigan y Wisconsin.

El gobierno inglés no sólo observó fielmente el tratado en lo que respecta a la tolerancia, sino que por el Acta de Quebec de 1774 concedió a las comunidades católicas de los países recién adquiridos la consideración y derechos de personas jurídicas. Ello no fue obstáculo, sin embargo, para que en el sur las pequeñas comunidades fundadas por los españoles en Natchez, Mobile, San Agustín y Pensacola, fueran expropiadas y disueltas.

El Acta de Quebec provocó una tempestad de cólera entre los protestantes intransigentes de las antiguas colonias, y fue uno de los pretextos principales para el estallido de la guerra de la independencia de 1775. Desde el punto de vista americano, fue una desgracia que el movimiento de independencia recibiera de este modo una nota anticatólica, pues motivó que el Canadá se mantuviera al margen de la causa americana. El Canadá, católico en su mayor parte, incorporado a Inglaterra desde unos pocos años antes y no ligado a este país por ningún lazo de tradición, sin duda alguna se hubiera adherido al movimiento independista, de no haber sido por la violenta campaña anticatólica que John Jay y compañeros organizaron, sobre todo desde Nueva York.

A los jefes del movimiento de independencia, al Congreso y al propio Washington, no se les escapaba este hecho. En cuanto Washington se hizo cargo del mando ante Boston, le faltó tiempo para suprimir el «Pope Day», odiosa fiesta anticatólica instituida en conmemoración de la «Conjuración de la pólvora». Cuando en 1776 Benjamín Franklin se trasladó a Quebec para obtener siquiera la neutralidad de los canadienses, se llevó consigo al sacerdote católico Juan Carroll, nacido en América pero vástago de una prestigiosa familia inglesa, destinado a ser más tarde el primer arzobispo de Baltimore. Mas por las conversaciones habidas con el obispo de Quebec y con el clero canadiense, tuvo Carroll que convencerse de que era demasiado tarde.

La guerra de independencia fue conducida con diversas vicisitudes, hasta que al fin consiguió Washington en 1781 encerrar en Yorktown al comandante en jefe inglés, lord Cornwallis, y obligarlo a capitular. Tras difíciles negociaciones se firmó la paz en París en 1783. El Canadá quedó para Inglaterra, y los Estados Unidos obtuvieron todas las tierras hasta el Misisipí. Florida, la costa meridional y el territorio allende el Misisipí siguieron siendo españoles.

Las constituciones de los diversos estados de la Unión eran al principio muy intolerantes. En New Hampshire ningún católico podía ser gobernador, senador o diputado. En New Jersey y en las dos Carolinas los católicos estaban excluidos de todos los cargos oficiales. En Nueva York ni siquiera se les reconocían los derechos de ciudadano. Una plena equiparación jurídica sólo la concedieron desde un principio Pennsylvania, Delaware, Maryland y Virginia.

Pero aunque no desapareciera la hostilidad contra los católicos, semejantes leyes estaban en contradicción con el objetivo declarado de la guerra de la independencia, que era obtener la libertad e igualdad de derechos de todos los americanos; no es de extrañar, por tanto, que no tardaran en ser abolidas. Contribuyó también a este resultado la circunstancia de que las primeras potencias europeas que reconocieron la nueva Unión fueran las naciones católicas Francia y España (1778 y 1779). Los embajadores y los capellanes de las tropas enviadas en ayuda de los insurgentes celebraban públicamente el culto católico en regiones donde jamás se había visto tal cosa. La constitución de 1787 determinó en el artículo sexto, que los derechos ciudadanos no pueden depender de ninguna confesión religiosa. El Congreso de 1789 declaró la separación de la Iglesia y el Estado, lo cual no era allí equivalente, como en casi todas las demás partes, a la confiscación de los bienes eclesiásticos, antes constituyó para los católicos una positiva garantía de libertad. Además, el congreso de 1791 concedió plena libertad de prensa, palabra y asociación.

La Santa Sede creó un vicariato apostólico especial para los treinta mil católicos que, en números redondos, residían entonces en la Unión y

seguían dependiendo del vicariato apostólico de Londres; en 1789 el vicariato fue transformado en el obispado de Baltimore. El primer obispo fue el jesuita Juan Carroll.

Ojeada retrospectiva.

El asentamiento y propagación de la Iglesia en América no constituyó sólo un éxito misional positivo, sino que además abrió el camino para una completa transformación de la geografía eclesiástica. La muralla que encerraba a la Iglesia en Europa había saltado en pedazos. Quedaba abierta y libre la ruta hacia la Iglesia universal. Establecióse, además, dentro de la Iglesia un más perfecto equilibrio entre los distintos pueblos. Desde la alta Edad Media había sido casi siempre una sola nación o estado el que había desempeñado el papel hegemónico: Alemania, Francia, España, Francia de nuevo. Pero desde que existían también masas católicas, allende el Atlántico, la supremacía escapó de las manos de los distintos países europeos, y en su lugar se estableció una especie de intercambio y competencia entre ellos. Hoy día un buen tercio del número total de católicos vive en las dos Américas, sin que a pesar de ello pueda decirse que el centro de gravedad de la Iglesia se haya desplazado al Nuevo Mundo. La Iglesia no está hoy ligada a un centro geográfico, como ocurría en la Edad Media.

Contemporáneamente a la aparición en América de poblaciones católicas, empezó también el avance misional hacia el *Sur de Asia*, por obra sobre todo de los portugueses. Pero las condiciones eran allí muy distintas, y casi en ningún sitio se obtuvo la conversión de masas como en América. El Asia meridional sigue siendo hoy, si no en todas partes tierra de misión, sí en cambio diáspora. Los católicos asiáticos constituyen sólo una pequeña fracción de la Iglesia. Mientras América envía hoy sus misioneros a todas las partes del mundo, Asia necesita todavía recibir de fuera la mayor parte de sus sacerdotes. En un sentido, sin embargo, las misiones asiáticas ejercieron una fuerte influencia sobre la historia eclesiástica europea ya desde el siglo XVI: ellas encendieron en Europa el entusiasmo misional, y lo han mantenido vivo. A ese entusiasmo misional hay que atribuir en parte el aumento de vocaciones religiosas entre la juventud católica durante los siglos XVI y XVII, y aún más en el XIX.